

«tal era el espíritu de la dinastía reinante. Comprendióse á las mil maravillas el significado de la palabra jesuitismo, que era sinónimo de adhesión á la legitimidad: decíase entonces jesuita por realista, porque hubiera sido en extremo peligroso atacar á la legitimidad, llamándola por su propio nombre; se procuró, pues, atacarla en su esencia, dándole el nombre mas odioso entonces, que era el de jesuita.

«Pero á poco concibió la Francia un odio implacable, universal, inmenso por todo lo que llevaba el nombre de facción y de asociación jesuítica, llegando hasta el punto en que para perder á Carlos X solo bastó afirmar que era jesuita; que como tal profesaba la doctrina de las restricciones mentales; que al jurar la Carta en Reims, tenía ya en su bolsillo la absolución de aquel perjuro, y que era el golpe de Estado su idea favorita.

«Tal fue el modo con que razonaron y hablaron las masas en aquellos tiempos, dando á sus sospechas una forma material que les ayudó singularmente á sostener el combate.»

«Ante esa cínica teoría de la impostura que se reveló á la Francia y que será puesta todavía mas tarde en juego con el mismo resultado, solo resta á la historia el derecho de reprobar tanto descaro y de compadecer la credulidad de los hombres.



CAPÍTULO V.

Los Jesuitas en Roma. — Su expulsión de Rusia fue la salvación de la Compañía. — Carácter de Fortis. — Sus primeras medidas. — Los Jesuitas son llamados nuevamente por el Piamonte y la Cerdeña. — Revolución del Piamonte. — Abdicación de Víctor Manuel. — Carlos Félix, rey. — Conoce los planes de los Carbonarios. — Llega su firmeza á desconcertarlos. — Roothaan y Manera en Turin. — El P. Grassi, confesor del Monarca. — Carlos Alberto y los Jesuitas. — Los nuevos colegios y el palacio de la Reina en Génova. — Intrigas para perder á la Compañía. — Muerte de Pio VII. — El conclave de 1823. — El cardenal della Genga fue elegido papa bajo el nombre de Leon XII. — Temor de los Jesuitas á la noticia de semejante elección. — No participa el P. Rozaven de aquellos temores. — Devuelve Leon XII á los Jesuitas el colegio Romano. — Retrato de Leon XII. — Su protección á la Compañía. — Confía al P. Ricasoli la educación de sus sobrinos. — Jesuitas que renuncian el episcopado. — El conde Miguel Szczytt en el noviciado. — Muerte de Fortis y del Papa. — Congregación general. — Nómbrase al P. Juan Roothaan general de la Orden. — Pio VIII y los Jesuitas. — Carácter de Roothaan. — Las revoluciones del resto de Europa provocan la insurrección en Italia. — Dirigense sus primeros esfuerzos contra los Jesuitas. — Elige el conclave para pontífice al cardenal Capellari. — Retrato de Gregorio XVI. — Los Jesuitas, por orden del cardenal Zurla, enseñan los ejercicios de san Ignacio á todos los religiosos de Roma. — La insurrección les arroja de sus colegios. — Entran nuevamente en ellos. — Encárgales la Propaganda del colegio Urbano. — El cólera á las puertas de Roma. — Calumnias contra el Papa y los romanos. — Precauciones tomadas por el Gobierno pontificio. — El pueblo de Roma y las procesiones. — Traslación de la imagen de Santa María la Mayor al Gesu. — Declaración del cólera. — Los Jesuitas durante el azote. — Gregorio XVI y los huérfanos. — Nómbrase al P. Roothaan miembro de la comisión encargada de distribuir los socorros. — El cardenal Odescalchi renuncia á la púrpura para entrar en el noviciado de los Jesuitas de Verona. — Su carta al General el mismo día en que recibió el hábito de la Orden. — Muerte del P. Odescalchi. — Encíclica del General para el año secular. — Entran los Jesuitas nuevamente en Venecia. — Los habitantes de la isla de Malta piden al Gobierno inglés que les permita un colegio de Jesuitas. — Segunda lord Stanley sus deseos. — Los Jesuitas en Sicilia. — Son los mediadores entre los partidos. — Su actitud en Nápoles. — Llama de nuevo la España á los Jesuitas. — El P. de Zúñiga, su provincial. — Restitúyenseles los bienes no enajenados. — El colegio Imperial de Madrid. — Sus resultados. — Proscribe la revolución de 1820 á la Compañía. — Fundación del colegio militar de Segovia. — Su objeto. — Muerte de Fernando VII. — Primeros síntomas de la guerra civil. — Se acusa á los Jesuitas de ser hostiles al Gobierno constitucional. — Para excitar contra ellos el furor popular, se hace cundir la voz de que

han envenenado las aguas. — Motin contra los Padres. — Mortandad de los Jesuitas en Madrid. — El P. Muñoz, salvado por los asesinos, protege á los demás hijos de san Ignacio. — El poder constitucional ante el crimen autorizado. — La Compañía suprimida por las Cortes. — Resiste la casa de Loyola á la destruccion. — Los Jesuitas y los carlistas. — D. Miguel en Portugal. — Llamamiento de la Compañía. — El P. Delvaux conduce á algunos Padres franceses. — Timidez del Gobierno vencida por el cardenal Justiniani. — Fruto de sus predicaciones. — La nieta de Pombal y los Jesuitas. — Restitúyeles don Miguel el célebre colegio de Coimbra. — Entrada triunfal de los Padres en la provincia de Beira. — El P. Delvaux en el sepulcro de Pombal. — Los Jesuitas en Coimbra. — El ejército de D. Pedro. — La guerra civil y el cólera. — Política y abnegacion de los Padres. — Procura atraerlos D. Pedro á su partido. — Proposiciones poco constitucionales de este Príncipe. — Abandona D. Miguel á Lisboa. — Reina la revolucion en ella por medio del desorden. — Los Jesuitas salvados por un inglés. — Nuevo decreto de proscripción contra el Instituto. — Los Jesuitas de Coimbra en la torre de San Julian. — Deben su salvacion al baron de Mortier.

Ya hemos dicho de qué modo pudo preservarse de una crisis el Instituto de Loyola en 1820, en el momento de celebrar la Congregacion general; sin embargo el peligro, aunque aplazado, no era menos inminente para todos aquellos cuya prevision no se dejaba alucinar, por existir en el centro mismo de la Compañía elementos de disolucion. Acababan de reunirse en una circunstancia solemne, y si bien habian logrado sus enemigos neutralizarles, todo hacia presumir que acabarian algun día por triunfar. Componíase la Sociedad de Jesús en Roma de profesos á quienes habia privado ya la edad de la energia y actividad necesarias para gobernar bien; y como casi todos los ancianos, demostraban una propension natural á dejarse guiar por aquellos que sabian captárseles la confianza. Junto á aquellos ancianos veíanse jóvenes apenas admitidos en la Compañía: el talento, el celo y la virtud no podian suplir por sí solos en el ánimo de esos jóvenes la experiencia y el conocimiento que les faltaba del espíritu del Instituto; por lo que ofrecia mas bien peligros reales que sólidos apoyos. Entre esos dos extremos faltaba en Italia una generacion media: así es que la ausencia total de hombres experimentados hacia presentir en ella la caida de la Orden de Jesús; esta ausencia era la causa de que los innovadores se alentaran mas y mas en sus planes, y que pidiera, hacia ya mucho tiempo, la provincia romana al general Bzrozowski, que pusiera un término á semejante inestabilidad. Hallábase en Rusia la generacion intermedia que habria debido hacer florecer la Orden establecida en Ita-

lia; pero el emperador Alejandro no queria conceder la libertad necesaria á los Padres que vivian en sus Estados. Habia sido para Bzrozowski aquella situacion constante objeto de la mortal inquietud que acibaró su existencia hasta sus últimos momentos. «Hé aquí que muero, decia á los jesuitas reunidos junto á su lecho, en el momento mismo de vuestra expulsion.» El presentimiento del General se realizó, viniendo á ser el destierro la salvacion de la Compañía. Hubiérase dicho que la Providencia habia conservado sin interrupcion en Rusia á los hijos de Loyola, á fin de que pudieran conocer y aplicar las tradiciones prácticas de la antigua Sociedad para sembrarlas despues en las provincias nacientes, y principalmente en Italia, do llevaron aquellos desterrados el gérmen de la obediencia y el amor á la disciplina.

Nació el P. Fortis en Verona el 26 de febrero de 1748; habiendo entrado en el Instituto á la temprana edad de catorce años, sufrió con la mayor resignacion todas las vicisitudes por que tuvo que pasar la Compañía. Hallábase, cuando su supresion, de profesor de retórica en Ferrara, y no quiso separarse de la madre que acababa de abrir su corazon á la piedad y á las bellas letras. Luego que la Compañía fue admitida en el Imperio ruso, pidió ser agregado á ella, esforzándose para hacerla aceptar en Parma y en Nápoles. Aunque ya de una edad avanzada en 1820, tenia sin embargo una alma vigorosa y enérgica que con el profundo conocimiento del corazon humano le hizo vencer todos los obstáculos que obstruian su camino, y llegar á aquel grado de perfeccionamiento que supo procurar á la Sociedad á que pertenecia: Las revoluciones de que España y una parte de los Estados italianos eran vasto teatro debian ser muy funestas á los Jesuitas, puesto que los arrojaban de todas partes al grito de ¡viva la libertad! Sostuvo Fortis á sus hermanos en aquella nueva prueba, y fundó al poco tiempo en Roma la casa de retiro de San Eusebio¹. En el mes de noviembre de 1821 creó el P. Tar-

¹ Esa casa de San Eusebio tan célebre en Roma por los ejercicios espirituales que dan cada año en ella los Jesuitas durante la Semana Santa, fue donde entró en 1833 Agustin Theiner, uno de los escritores mas elocuentes de Alemania, el cual se veia asaltado siempre por sus dudas é incertidumbres en materias de religion. Tuvo algunas conferencias con el P. Kohlmann, amigo del historiador protestante Schlosser, y en su obra intitulada: *El Seminario eclesiástico ó Ocho dias en San Eusebio*, explica Theiner sus sentimientos de este modo:

«Entré en esa casa de retiro de San Eusebio, ; pero en qué estado! creia fir-

tagni el colegio de Forli, y algunos dias despues, los Padres Rigoli, Gianotti y Chiavero tomaron posesion del de Módena, dotado por el marqués Antonio Visconti de Milan, siendo tambien objeto de la solicitud especial del duque Francisco IV. Confió este Príncipe al jesuita Gianotti la educacion de sus hijos, y pidió que el P. Camilo Pallavicini fuese nombrado obispo de Reggio. Los demás Jesuitas durante este tiempo se lanzaron hasta las cimas de las montañas y el fondo de los bosques que circunvalaban la poblacion de Frosinone, á pesar de ser la guarida de todos los bandidos que infestaban la Romanía: merced á los esfuerzos de los Jesuitas no tardó en nacer el arrepentimiento en el corazon de aquellos hombres feroces.

Apenas acababa de ser restablecida la Compañía, cuando fiel á sus tradiciones de familia, procuró el rey Víctor Manuel del Piamonte llamar á los Jesuitas á sus Estados; abriéndoles sucesivamente el colegio de San Ambrosio en Génova, y los de Turin, Novará y Niza. El P. Tomás Pizzi condujo á los discípulos de san Ignacio á Cagliari en la isla de Cerdeña, y José Bellotti formó el noviciado de Chieri. Juan Roothaan fue el primer superior de la casa de las Provin-

«memente no poder pasar en ella ni siquiera tres dias. Atraído quizás mas bien por curiosidad que por otro sentimiento, quería estudiar de cerca á esos famosos Jesuitas, de los que tanto se ha hablado, y de cuya casa de retiro tanto mal se me habia dicho en Viena. Esperaba por lo menos, si podia salir con la mia, hallar materia para escribir algunos picantes artículos, y á este fin tomé la precaucion de encargar á mi amigo, el artista francés de quien me despedí so pretexto de ir á pasar algunos dias al campo, que me hiciese reclamar con instancia, si no habia reaparecido á los doce dias.

«Pero; cuál fue mi sorpresa! el piadoso silencio que reinaba en aquel retiro encantador hablaba tan íntimamente á mi alma, que ya desde un principio entreví ó presentí que debia darme aquel paso los mas brillantes resultados. Se me condujo á una pequeña capilla adornada con gusto, y cuyo estilo gótico invitando al recogimiento, añadía á la tierna impresion producida por el orador un nuevo encanto que contribuía poderosamente á despertar y sostener la piedad. El discurso de la apertura de los ejercicios cautivó toda mi alma y calmó sus agitaciones: la exposicion sencilla y luminosa del elevado objeto de aquellos ejercicios, la tierna exhortacion dirigida á todos los asistentes para que se alejaran si no se sentian con bastante fuerza y valor para continuar aquel retiro con las disposiciones y miras exigidas por el santo Fundador; todo esto ejerció en mí tal impresion que no dudé ya ni un instante mas de que lograría mi alma la fuerza que necesitaba, y aquella paz por que suspiraba hacia tanto tiempo y que era el objeto desde algunos meses de mis tentativas y legítimas aspiraciones.»

Salió Agustín Theiner de San Eusebio el 29 de abril de 1833, convertido ya en ardiente católico: es hoy dia sacerdote del Oratorio de san Felipe Neri.

cias en Turin, ó sea de aquella vasta escuela en que la juventud estudiosa pudo recorrer el ancho círculo de todos los conocimientos, por enseñarse á la vez en ella la teología, las bellas letras, el derecho, la medicina y la cirugía. La revolucion de 1821 y las consecuencias que arrastró en pos de sí hicieron nacer en el corazon del Monarca tan tristes previsiones, que no se juzgó capaz de reprimir aquel movimiento cuyos rápidos progresos habia seguido con espanto; así es que creyó, por el honor del trono, que debia abandonar el cuidado de los negocios á un carácter mas enérgico. Su hermano Carlos Félix, conocido hasta entonces bajo el título de duque de Génova, se vió obligado por él á tomar las riendas del reino. Como en todas partes, acababa la Revolucion piamontesa por imponer nuevas leyes al Soberano, por aniquilar el poder y ofrecerlo al primer aventurero que se presentara en la calle con tal que fuese capaz de pervertir á las masas; tambien el nombre de los Jesuitas fue para los revolucionarios piamonteses la señal de proscripcion. Los carbonarios italianos, alemanes y españoles formaron alianza con los revolucionarios franceses, esos hijos primogénitos de la anarquía, porque todos aspiraban á un mismo fin, y se prometian alcanzarlo por los mismos medios. Adulaban á los Príncipes, á quienes las ilusiones de la juventud ó la inexperiencia dejaban sin defensa, forjábanse una bandera para poder ocultar mejor sus planes subversivos, y rodeaban á todos los Príncipes de hipócritas atenciones, mentidos votos y pérfidos amigos, á fin de poder dominarles ó cuando menos comprometerles. Su contraseña, esto es, el secreto de las Ventas, ocultaba la ruina de los Reyes bajo el aniquilamiento de la Orden de Jesús.

Á pesar de haber combatido cuanto pudo Carlos Félix la abdicacion de Carlos Manuel, tomó por fin las mas acertadas disposiciones para salvar al trono y al pueblo del doble peligro que les amenazaba. Conociendo la Revolucion que no podría triunfar de su energía, no se atrevió á expulsar á los hijos de Loyola: alentado el nuevo Monarca con su primer triunfo, y sabiendo que los demagogos no son audaces sino ante la debilidad, procuró dar desde el principio de su reinado las mas evidentes pruebas de su invencible firmeza. Rápidos fueron los progresos de los Jesuitas en todos los principales puntos del Piamonte: los universitarios de Turin, que con mal reprimida envidia veian al P. Francisco Manera reunir junto á su cátedra de literatura italiana á una multitud de oyentes cada vez mas

entusiasta, podian apenas contener su furor. Era Manera por la amabilidad de su carácter y la riqueza de su imaginacion uno de los mas célebres profesores de la Universidad; así como era Roothaan, por su moderacion y por la multiplicidad de sus deberes siempre dignamente cumplidos, el depositario fiel de la confianza de todas las familias. Propúsose Carlos Félix dar á los Jesuitas un testimonio aun mas patente de su estimacion, al ver el encarnizamiento con que eran perseguidos por los Carbonarios que procuraban por todos los medios aniquilar con el voto de las Ventas su autoridad moral. Á fin, pues, de manifestar el Rey sus sentimientos respecto de la Compañía, eligió por confesor al P. Juan Grassi: la prueba era arriesgada y decisiva; pero la Revolucion supo respetar la voluntad de un Príncipe que sabia aceptar tan bien el desafio de algunos turbulentos partidarios. Ninguna recriminacion se dirigió contra el Instituto durante su reinado; y hasta el P. Grassi se vió libre de todos los injustos ataques que van siempre unidos á las funciones de un jesuita confesor de un rey.

Gozaba Grassi de todo el favor del Monarca, pero nada pidió para sí, para su Orden, ni para otra persona alguna: dejó al Soberano en plena libertad de arreglar con sus Ministros los negocios del Estado, sin inmiscuirse en ellos. Cuando murió Carlos Félix en los brazos del Jesuita, único que tuvo valor para anunciarle que habia llegado su última hora, hicieronle hasta los mismos adversarios del Instituto y los cortesanos todos la justicia de que ninguna parte habia tenido en los negocios en todo el tiempo que habia sido confesor del Rey. El príncipe de Carignan, que no siempre habia tenido motivos para ponderar las intenciones monárquicas del anciano soberano, agradeció á los Jesuitas su neutralidad tan fielmente observada, y al dar las gracias al P. Grassi por los cuidados que prodigó á Carlos Félix en su última enfermedad, le dijo: «Acaba de perder la Compañía en el difunto Rey un protector y un padre, pero encontrará en mí toda la proteccion y amor que aquel le dispensaba.»

En efecto, supo el nuevo Rey hacer mucho mas de lo que habia prometido. Formaron entonces los Jesuitas del Piamonte una provincia separada, y con el apoyo del Monarca abrieron un noviciado en Cagliari y un colegio en la poblacion de Aoste. El general conde de Boignes dotó á Chambery, su patria, de uno de estos establecimientos; y el santo abate Ducrey les cedió el de Mélan en las encantadoras soledades de Faucigny, entre el Mont-Blanc y el Mont-

Buet. En 1838 fundó Carlos Alberto la residencia de San Remo en la ribera de Génova. Solo poseian los Padres en Turin el colegio de los Nobles, sin que hubieran podido lograr en tiempo de los dos últimos reyes una iglesia para llamar al pueblo á los piadosos ejercicios y á las dulzuras de la oracion. La de los Santos Mártires en Dora-Grossa y la casa á ella anexa habian pertenecido á la Compañía, hasta que al verificarse la supresion vióse transformada la iglesia en parroquia de la ciudad, y convertida á la vez la casa en centro de administracion pública, en fonda y en prision. Tres años despues de su advenimiento al trono, supo Carlos Alberto vencer todos los obstáculos y restituir á la Sociedad de Jesús la iglesia y el colegio de Dora-Grossa.

La universidad de Génova siguió el ejemplo de todas las demás, apoderándose del antiguo colegio de los Jesuitas para convertirlo en su palacio; y si bien no era posible despojarla de aquella casa que consideraba ya como el precio de su victoria, no por ello dejó de persistir Carlos Alberto en establecer el Instituto en la capital de la antigua república, por mas numerosos que fuesen los obstáculos que se oponian á sus constantes miras. Nadie se atrevió sin embargo á oponerse abiertamente á los deseos del Rey; con todo se procuraba de un modo indirecto contenerlos por medio de las intrigas administrativas; pero Carlos Alberto, que comprendió no permitirle su dignidad entrar en pugna con tan mezquinas rivalidades y bajas pasiones imponiéndolas silencio con una sola palabra, aparentó ignorarlas. «Ya que me es imposible, decia, encontrar una casa en Génova para los Jesuitas, voy á cederles la mia; ¿quién podrá impedírmelo?» Inmediatamente les designó el palacio Doria-Tursi, llamado *Palazzo della Regina*, porque María Teresa, viuda de Víctor Manuel, habia vivido en él con sus hijas la emperatriz de Austria, la reina de Nápoles, y la duquesa de Luca.

Á tan inesperada muestra de real confianza, conocieron los adversarios de la Compañía lo imprudente de su conducta, y que para perder á los Jesuitas en un plazo mas ó menos largo, no debian en lo sucesivo atacarles de frente. Era Carlos Alberto el ídolo de sus pueblos: legislador y guerrero, y tan hábil economista como generoso pródigo, proseguia activamente sus útiles reformas. Despues de haberse hecho cargo de la situacion, nunca queria retroceder ante las preocupaciones de otra edad que procuraban sembrar los amigos de las luces y del progreso constitucional; como conocian estos, pues,

su carácter resuelto, creyeron que les sería mas fácil minar la plaza que tomarla por asalto. Procuraron en un principio propalar la voz de que los Jesuitas harían arrepentir al Rey de su proteccion; que impondrían á la corte y á los ministros su voluntad inmutable, y que no pararian hasta tener en sus manos las riendas del gobierno. Visto el desprecio con que eran acogidas estas farsas, se procuró hacer circular otras: se hizo presente á Carlos Alberto que eran los Padres excelentes religiosos, buenos directores, oradores elocuentes y santos misioneros; pero que su enseñanza no estaba en relacion con las necesidades del siglo ni con la civilizacion moderna, por ser los Jesuitas enemigos de toda idea nueva. Sería preciso á los jóvenes educados por ellos un rey absoluto como Amadeo II, y santo como Humberto; á cuyos ardides se sonreía el Monarca dejando al tiempo el cuidado de terminar la cuestion, que cada dia iba resolviéndose en el sentido deseado por el Soberano.

Acababa la Sociedad de Jesús de verse libre de las revoluciones de Italia, cuando creyó otra vez su existencia comprometida por la eleccion de un nuevo Papa. Murió Pio VII en 20 de agosto de 1823 en una avanzada edad practicando todas las virtudes; por lo que se reunió el conclave para nombrar otro Pontífice á la Iglesia. No podía ser aquella eleccion por ningun término indiferente á la Orden de Jesús por contar algunos adversarios en el Sacro Colegio; sobre todo el cardenal della Genga parecia serle muy poco favorable desde que celebró la Orden su Congregacion general, por haberse declarado abiertamente el Cardenal contra los Padres. Sabíase por otra parte que era el Cardenal muy aferrado á sus ideas, y que aunque justo era su voluntad inflexible. Á pesar de que no tenia ninguna probabilidad de ocupar la silla de san Pedro, fue nombrado papa en 28 de setiembre de 1823, contra la voluntad y poder de Consalvi. Como decian los conclavistas, estaba Anibal á las puertas de Roma, y entró triunfante en ella, haciendo temblar á los Jesuitas su encumbramiento, por no haber olvidado ninguno de ellos los acontecimientos que precedieron á la Congregacion general. Con la tristeza en el alma confesaban el triunfo de su enemigo; sin embargo la reflexion y el tiempo vinieron á calmar su dolor y á hacér brillar en el cielo de su porvenir un rayo de esperanza, como se desprende de la relacion histórica que hizo del conclave el P. Rozaven en 11 de octubre de 1823 al P. Billy, expresándose sobre Leon XII en los siguientes términos:

«Ese nombre promete mucho, y parece estar destinado á satisfacer todas las esperanzas, atendidos los grandes hechos consumados en el poco tiempo que rige los destinos del orbe católico. Lo que tanto deseais saber y que esperais os diga sobre sus intenciones respecto de la Compañía, debe tranquilizaros del todo. En virtud de lo ocurrido de tres años á esta parte, podíamos temer con fundamento que no estuviera muy dispuesto en nuestro favor; pero Dios tiene de sus manos el corazon de los Reyes, y sobre todo el de los Papas está en la mano de Dios; puesto que al hallarse revestidos de aquella dignidad, adquieren un nuevo espíritu. No ha podido hasta ahora ser presentado nuestro Padre General al nuevo Papa, pero ya sabemos que nos es propicio, y que no tardará en darnos una prueba pública y patente de su benevolencia. Una persona á la cual quiere mucho y que profesa á nuestra Orden el mas vivo afecto, se tomó la libertad de recomendársela, á lo que le contestó el Papa: «Vos os interesais por la Compañía; pues bien, sabed que yo me intereso por ella aun mucho mas que vos.»

«Sé tambien muchas otras cosas que os diria voluntariamente, pero que no me atrevo á escribir: en resúmen, puede la Compañía confiar en nuestro nuevo Papa, cuya preciosa existencia se sirva Dios conservarnos dilatados años; solo hay algunas prevenciones contra determinadas personas. Si me cabe la desgracia de ser una de ellas, lo que no puedo afirmar, por mas que lo tema, aunque se me haya dicho lo contrario, con tal que proteja á la Compañía, me dejaré contento arrojar al mar. Si persuado al Padre General de que no me convienen los aires de Roma, estoy resignado á ir á respirar los de Francia, y hasta aun los que respiró el P. Beaugeant en su destierro: que se me dé el cargo de profesor de lógica y de metafísica, *pro nostris*, y mi ambicion quedará satisfecha. Tendré el mayor placer en enseñar á esos jóvenes á discurrir y racionar exactamente, lo que se hace en los tiempos que corremos mas raro cada día.» La prueba pública y manifiesta de la proteccion de Leon XII que promete el P. Rozaven á los Jesuitas de Francia, no tardó en ser oficialmente dada. No proscribió el Papa á ninguno de los discípulos de san Ignacio que entraron en pugna con el cardenal della Genga, ni aun al P. Rozaven; antes por el contrario, publicó en 17 de mayo de 1824 el breve *Cum multa in urbe*, que restituía á la Sociedad de Jesús el colegio Romano, cuyo nombre habian logrado inmortalizar sus mas ilustres maestros. El marqués Patrizi, sena-